

RELATO EXPEDICION CERRO LAS TORTOLAS 6160 msnm

Del 6 al 11 de octubre de 2010

Por Francisco Miranda Suárez



DECISION Y PREPARACION DE LA EXPEDICION

La idea de organizar una expedición al Cerro Las Tórtolas, y de paso conseguir un primer seis mil, comenzó a gestarse en mi mente poco tiempo después de regresar de una exitosa expedición de 12 montañistas al Volcán San José (5.890 msnm), que tuve ocasión de organizar y liderar en enero de 2010, y que nos llevó a cuatro integrantes a la cumbre límite internacional (máxima altitud) y a otros dos al borde del cráter. La preparación previa a esa expedición, las condiciones de aclimatación adecuadamente logradas y el logro de esa cumbre, parecían indicar que ahora sólo faltaba traspasar la barrera de los 6 mil metros de altitud, y dejar atrás ese intento en una expedición previa al Volcán San Pedro (6.120 msnm), y que había fracasado al no lograr cumbre por diversos factores, tales como selección de ruta, época y condiciones climáticas extremas, etc.

El Cerro Las Tórtolas, ubicado a 140 km al este de La Serena, presentaba una serie de características y atractivos que lo hacían adecuado para conseguir ese objetivo, siendo la cumbre más alta de la Región de Coquimbo y uno de los dos seis miles de la IV Región. Su ubicación en el límite internacional de las Repúblicas de Chile (Provincia de Coquimbo) y Argentina (Provincia de San Juan), el acceso a la zona por el conocido valle de Elqui, el hecho de no ofrecer mayores dificultades técnicas que aquellas que impone una buena condición física y psicológica, pero sobretodo de aclimatación, una larga serie de intentos frustrados por condiciones climáticas adversas, fuertes vientos y tormentas, su fama de “punero”, frustrando incluso con edemas pulmonares y cerebrales según daban cuenta algunos relatos de expediciones anteriores, todo factores éstos que hacía pensar en un desafío mayor al de superar una mera cifra de 2.200 o 2.500 metros de desnivel.



Otro hecho interesante a considerar era que el Cerro Las Tórtolas pertenece al grupo de santuarios incaicos de la zona, en cuya cumbre en 1952 se había encontrado una pirca de ocho metros por cuatro, sumado luego a los hallazgos de diversas expediciones, entre ellas la más destacada, que lideró en 1968, el

destacado montañista y arqueólogo Sergio Kuntsmann, encontrando objetos donados al Museo Arqueológico de La Serena.

Finalmente la instalación en enero de 2007 de un refugio de alta montaña, denominado Gabriela Mistral (5200m), en el sector de la Lagunita ofrecía mejores condiciones de ascenso a la cumbre, considerando que en nuestro intento al Volcán San Pedro habíamos experimentado dormir en carpa sobre 5.200, expuestos a fuertes vientos y frío extremo del mes de junio en la zona de Calama.

Mi experiencia previa en el Volcán San José indicaba que un grupo grande resulta difícil de gestionar tanto en la fase de preparación, acondicionamiento físico y aclimatación, como en el desarrollo de la expedición misma, por lo cual pensé en un grupo no mayor a 6 personas. Es así como con el correr del tiempo se fueron cursando las invitaciones a algunos amigos de la montaña y compañeros del DAV, hasta formar un grupo compuesto por personas que habían demostrado siempre gran interés en la montaña y que habían asumido como una práctica frecuente el montañismo, actividad que en mayor o menor medida habían compartido conmigo. Todos ellos ya habían participado en diversos ascensos de cerros entre 2.000 y 5000 metros, de diversa dificultad, y logrado cumbres sobre 5.000 msnm, como es el Cerro El Plomo, en que todos habían logrado cumbre, Volcán San José y Marmolejo, por algunos de ellos. Finalmente a mediados de junio quedó conformado el grupo que se integraba por *Alvaro Hernandez*, socio al igual que yo del DAV, ex compañero de la Facultad de Derecho de la Universidad, amigo y compañero de montaña de diversas salidas incluida la expedición al Volcán San José; *Cristián Lagos*, un hombre con experiencia y compañero de expediciones anteriores al Cerro El Plomo y Volcán San Pedro; *Juan Carlos Soto*, montañista con varios años de actividad en los cerros y que contaba con el plus de un intento anterior al Tórtolas en Septiembre de 2009, que alcanzó el Refugio Gabriela Mistral a 5.200 msnm., pero que debió desistir de la cumbre por razones climáticas. Finalmente se integró *Leticia Celador*, española de origen pero chilena de corazón, entusiasta montañista a quien había tenido ocasión de conocer, por medio de Alvaro Hernández, en un intento al Cerro Bismarck, deseosa de lograr un primer seis mil. Tras una primera reunión en que se definieron fechas, cordadas y otros aspectos logísticos, se acordó para la partida de la expedición el día miércoles 6 de octubre, se diseñó un plan de acondicionamiento físico y de aclimatación para los meses de julio a septiembre, el cual se intensificaba en Septiembre requiriendo varios “sacrificios” durante este último mes. Varios amigos montañistas nos fueron acompañando en diversas salidas a cerros, cumpliéndose el plan, especialmente el de aclimatación en las dos semanas previas en el sector del Pintor, Cancha de Carreras y Leonera, es decir sobre 4.200 metros. Algunas semanas antes de la partida, Alvaro decide restarse a la expedición dado que sus actividades de perfeccionamiento profesional lo obligan a desplazarse en las semanas previas a Estados Unidos, afectando su preparación y aclimatación, para luego partir a Europa a pocos días de la fecha prevista para el regreso de la expedición, privilegiando lógicamente su actividad profesional y su vida en familia.

A principios de Julio de 2010, el DAV al cual pertenecíamos 3 de los integrantes, nos había aprobado el auspicio Institucional para la expedición, cooperando con recursos para el financiamiento de algunos gastos y adquisición de equipo. Ese hecho nos dio fuerza y nos comprometió en mayor medida, implicando un acto de confianza de sus directivos y un estímulo adicional al grupo.

El itinerario propuesto implicaba intentar la cumbre por la ruta normal cara norte y estaba pensado para al menos 4 días en el terreno más un día de reserva. Se tomó contacto previo con Carabineros del Destacamento Fronterizo Juntas del Toro, con bastante anticipación para gestionar las conformidades pertinentes y se mantuvo contacto permanente con la finalidad de ir evaluando las condiciones de clima, nieve y accesos en las fechas próximas a la partida. Algunas noticias en los días previos nos causaban preocupación como aquella referida a una expedición que había visto frustrado su intento una semana antes de nuestra partida, debido a las condiciones climáticas, viento y frío imperantes. Para nuestra tranquilidad, la información meteorológica recabada en los días previos nos hablaba de buenas condiciones imperantes por lo menos hasta el día domingo 10 de octubre. La suerte estaba echada, era el momento de partir.

PARTIDA, ESTABLECIMIENTO DE CAMPAMENTO BASE Y ASCENSO AL REFUGIO GABRIELA MISTRAL

Finalmente el día miércoles 6 de octubre de 2010, y tal como lo habíamos planeado, partimos a las 07:00 AM en mi jeep con dirección a la ciudad de La Serena. Para no “perder” la aclimatación previa y considerando que gran parte del trayecto hacia esa ciudad se hace a nivel del mar, decidimos que continuaríamos directo hacia la ciudad de Vicuña, avanzaríamos luego por la ruta 41 con dirección a Juntas del Toro, sector al que arribamos alrededor las 15:00 hrs. En el camino desde Santiago, sólo las detenciones de rigor a almorzar, un café o un baño, y a la salida de La Serena un encuentro breve pero grato con el Sargento de Carabineros Manuel Adaos, del Destacamento Juntas del Toro, para expresarle nuestra gratitud, quien nos había apoyado y prestado desinteresada colaboración con información de la zona en las semanas y meses previos, y que disfrutaba de merecidas vacaciones en casa. En el camino entre Vicuña y Juntas del Toro, nos impresiona no sólo la altura de los Cerros aledaños a la ruta y la aridez del sector, sino que además el esfuerzo del ser humano por instalar cultivos de vides a inusual altura y ubicación generando un deleite visual dado el contraste de colores entre el verde de los parronales o árboles y los tonos rojizos, anaranjados y grises de los cerros.

En el Destacamento, que es control fronterizo, llenamos los formularios del caso, recibimos la conformidad para avanzar, dejamos nuestras cédulas de identidad, departimos brevemente con Carabineros, y proseguimos el avance en vehículo rumbo al sector de La Troya, en el camino a minera El Indio, desde el cual nace el desvío que ingresando por el valle del Río Vacas Heladas, conduce al sector de Las Hediondas. Las condiciones del camino, si bien es de alta montaña con muchos zig-zags y huellas que a veces inducen a confusión eran adecuadas, lo que nos permitió proseguir en jeep. Impresiona la aridez del sector y las tonalidades de los cerros y laderas aledañas. De pronto asoma imponente frente a nosotros en el camino de ascenso, el Cerro Las Tórtolas, nuestro objetivo, una verdadera pirámide que se alza imponente a 6.160 metros, precedida de formaciones rocosas, acantilados de gran altitud, gendarmes y diversas formas y tonos, incluido un pequeño glaciar ya en extinción en su parte central bajo un verdadero tobogán de cientos de metros.



Cerro Las Tórtolas desde el camino de aproximación

Luego de traspasar un sector de una construcción que sirve de resguardo para pastores, seguimos avanzando y no sólo el paisaje se torna hermoso, con un cambio evidente con vegetación de alta montaña, apareciendo coironales y otros, sino que divisamos importante cantidad de guanacos en manadas numerosas, lo que nos sorprende, ya que pese a que habíamos leído acerca de su existencia no contábamos con su número. Imposible no recordar mis tierras magallánicas al ver a los guanacos correr a la aproximación del jeep. Avanzamos por el camino hasta llegar al “famoso” portón rojo, referencia obligada de todo itinerario y relato de ascenso, a casi 4.000 msnm, usado generalmente como campamento base, en el sector también denominado Escarchales, tomando el nombre de la quebrada a la cual está contiguo. Eran poco más de las 16:30 horas y nos encontrábamos más arriba de lo que habíamos planificado. Con el beneficio de disponer de más tiempo, y dado que el sector del Portón no nos parecía muy adecuado para montar el campamento, pues se trata básicamente del lecho de un río, bastante pedregoso, decidimos avanzar por el camino que, si bien ahora no mostraba huellas de circulación, debió acceder en algún momento a faenas mineras y al paso Las Tórtolas, en el cual existe, según supimos, un hito fronterizo. La experiencia que narraré luego de los días posteriores me ha hecho aprender que mejor es estar donde están o pueden llegar diversos grupos, si de subir en vehículo se trata. Tras cerca de 1,2 kilómetros dimos con una terraza protegida del viento que mostraba signos de campamentos previos con una hermosa vista al valle, a la forma piramidal y atemorizante del Tórtolas y a los cerros aledaños Vacas Heladas (5.375), Morro de la Mina (4.506) entre otros.

En dicho lugar a 4000 metros, decidimos montar nuestro campamento 1, que al final resultó ser el campamento base o único. Ya veníamos definidos como cordadas desde hace tiempo. Cristian Lagos y Juan Carlos Soto, por una parte, Leticia Celador y yo por otra. Ahora era cosa de poner en práctica todo lo que habíamos conversado, planeado y discutido en las semanas previas.

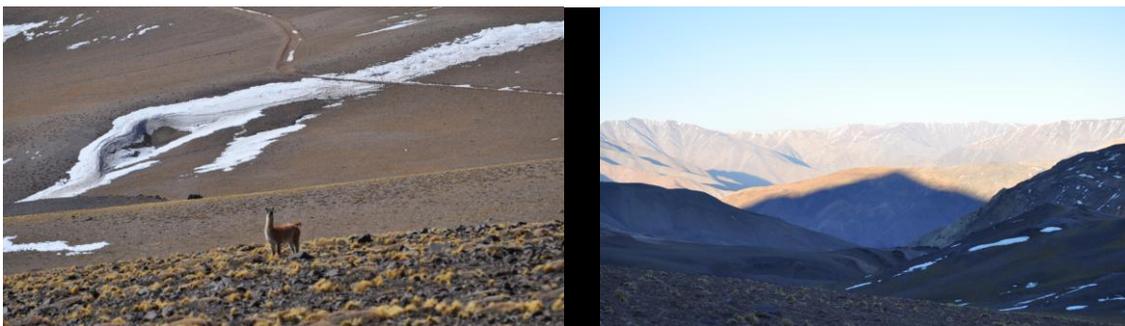


Las condiciones climáticas eran adecuadas, pleno sol, ausencia de nubosidad, algo de brisa, clima estable pero con el frío que es esperable a 4000 metros, lo que nos permitió armar las carpas y equiparnos con tranquilidad, preparar y calentar comida. Al atardecer los rayos del sol en su camino al ocaso, iluminando las paredes rocosas del Tórtolas y los cerros contiguos, otorgando diversas tonalidades a las laderas, lomas y coironales aledaños, ofrecieron el primer gran espectáculo que el lugar nos depararía. Para disponer de agua caliente para un tecito a la noche o madrugada saco mi termo de 0.5 lts, y..... horror, sólo está el termo y el pequeño recipiente que sirve de tapa, más no la tapa con la bomba. Pienso en por qué nunca hago caso a mi intuición, ya que al sacarlo del estante en que lo guardo en la cocina y meterlo a la mochila, me representé la posibilidad de que, al lavarlo mi nana luego de llegar del Pintor, haya separado las partes, pero no hice caso, y Murphy siempre está presente. Es definitivo, el montañista debe ser no cien, mil veces más previsora que las demás personas, sobre todo a la hora de revisar elementos que se conforman de diversas partes o piezas. Ahora quedaba claro que agua caliente no habría, menos para la cumbre. Pero estoy impresionado con otra situación lo que me hace olvidarme del termo. Al caer la noche, si bien el frío se hacía sentir fuerte, disfrutábamos de una primera noche sin viento, lo que yo no veía hace tiempo. Las experiencias de salidas previas de preparación física y aclimatación habían agregado a nuestro equipos tapones para los oídos, pues cuando el viento sopla fuerte es seguro que se duerme mal o poco, ya que Eolo azota las carpas y su continuo ir y venir por las laderas y filos, causando ruido y golpeteos. De pronto, el segundo espectáculo, aparecen unas tras otra, luego cientos y miles de estrellas formando un techo como pocas veces es posible apreciar. Algo así sólo lo había visto en una ladera del Volcán San Pedro armando una carpa a oscuras sobre una terraza improvisada que debimos construir contra el tiempo, siendo ese techo estelar lo que nos distrajo y mantuvo al margen de la presión del momento, reconfortándonos. Ahora nuevamente, aunque para apreciar con calma, un cielo nítido y trasparente dejaba ver cientos de formaciones estelares, constelaciones y la vía láctea de principio a fin, una estrella fugaz o satélite de vez en cuando daba movimiento, espectáculo que sumado al contorno visible de las cumbre aledañas invitaban a decir que valió la pena llegar hasta aquí. Salir de la carpa en horas de la noche o madrugada por esas imponderables urgencias de la

naturaleza, que el montañista normalmente maldice, llegaban incluso a ser gratas amparados en ese manto estelar infinito.

Dormí bien aquella noche, despertando ocasionalmente con uno u otro sonido gutural del tipo aserradero, que daba cuenta de un reponedor sueño por parte de alguno de los integrantes del grupo. La soledad, como la habíamos percibido al llegar, era total y ningún sonido anormal nos perturbó el dormir, excepto un ruido en la madrugada que indicaba tránsito de algún vehículo a lo lejos en el camino por el cual llegamos o por otros que se apreciaban en las laderas cercanas. Ello me trajo cierta intranquilidad. Nuestro amigo y colaborador, el Sargento Adaos, ya nos había comentado acerca de la detención en los días previos en el sector de las Hediondas de ladrones de mineral (chuculleros), en particular oro, con algunos sacos. Cierta temor, obliga entonces a una reacción instintiva y me tapo bien con el saco, esperando que ese ruido que denotaba presencia de vehículos y personas en actividades nada relacionadas con el montañismo se alejase y acabara. Pienso que si llegan les diré que no los hemos visto, que no conocemos sus rostros, sus vehículos, sigan en paz nomás choreando, chuculleros hijos de p

El amanecer de nuestro día 2, jueves 7 de octubre, nos recibe como es propio a esa altitud, unos habiendo dormido más bien que otros, unos con más apetito que otros, etc. La planificación previa mandataba que este era un día de aclimatación y descanso, más una caminata de reconocimiento del sector, en particular del punto en que el sendero que iniciaríamos se cruzaría con la ruta que parte del sector de El Portón. Alrededor de las 6:30 AM, ya amaneciendo y luego de una salida de rigor al baño, decido reconocer los alrededores y divisar la ruta, para lo cual inicio una caminata por casi dos horas, que me permite divisar el punto en que nuestro sendero se uniría con aquel proveniente de la quebrada Escarchales, juntándose a más menos 4.200 metros. Ese recorrido me lleva sin querer a lograr una “mini cubre” en una loma en cuyo punto más alto encuentro un hito geodésico con la palabra “Tortolillas”, indicando mi GPS una altura de 4.150 metros. Casi al llegar a ese hito, por la ladera opuesta, me encuentro a corta distancia con un guanaco macho grande, ambos nos miramos sorprendidos y decidimos evadirnos, yo avanzo retrocediendo (no quería ser blanco de un escupitajo como aquellos de los guanacos de mi infancia en el Paine y alrededores suelen disparar) y él baja por la ladera, seguramente refunfuñando por esta presencia bípeda extraña.



Las fotos al amanecer resultan espectaculares, sobretodo la imagen que proyecta la sombra del Tórtolas sobre el valle, distinguiéndose fácilmente una pirámide oscura sobre las laderas y quebradas.



Al momento de desayunar, un personaje que dos días después alcanzaría gran protagonismo, nos sorprendió al mirarnos curiosamente a corta distancia. Era un hermoso zorro que atento a nuestros movimientos parecía esperar el momento adecuado para acercarse más o huir derechamente. Como esa imagen debía necesariamente quedar registrada en mi cámara corrí sigilosamente por ella a la carpa y poniendo al zorro en el objetivo de mi cámara disparé algunas instantáneas pero al buscar acercarme un poco más, el zorro huyó y se posicionó a mayor distancia. Ya le bastaba esa primera aproximación para saber quiénes éramos y en qué andábamos. Ahora, y tal como ocurrió después, era cosa de esperar un descuido nuestro y atacar. Tenaz y paciente no se dejó sorprender por nuestra estrategia de guardar las basuras, provisiones y demás utensilios con comida en nuestras carpas o jeep.

Según lo planificado y luego de desayunar, alrededor de las 09:30 hrs, iniciamos nuestro reconocimiento de la ruta de ascenso hacia el Refugio Gabriela Mistral, nuestro objetivo del día 3. El día es espléndido, pleno sol, ni siquiera una brisa, lo que nos permite caminar en primera capa más un polar o softshell. Avanzamos por la huella vehicular y tras unos 600 metros se accede a una quebrada que luego de avanzar unos cientos de metros vira a la izquierda y obliga a ganar altura por el acarreo de la ladera sur de un pequeño cerro, para luego de sortear y eludir unos manchones de nieve y algunas pequeñas cornisas, permitiendo llegar a un punto de encuentro del sendero que viene desde el sector del Portón, próximo aun lugar denominado Piedra de Los Lamentos. Seguimos avanzando por el sendero aunque luego nos desviamos hacia una loma en que destacaban unas formaciones rocosas, a una altura de 4.500 metros con el objeto de divisar desde allí la ruta y ver cómo se dibuja en un gran acarreo hasta perderse en el filo describiendo el punto donde se encontraría el refugio. Estábamos los 4 frente a frente con el Tórtolas, que se elevaba desafiante 1.600 metros sobre nuestra cabeza, transformándose en telón de fondo de nuestras fotos, mientras el viento ya más helado nos recordaba que no estábamos en un set fotográfico sino que en la alta montaña, obligando a abrigarnos.



Luego de quedarnos un tiempo viendo el paisaje, protegidos tras unas rocas y disfrutando del Sol, emprendemos el regreso, arribando al campamento pasada las 14:00 hrs., para preparar almuerzo y en mi caso, entregarnos posteriormente a los placeres de morfeo en una grata siesta montañera. Mi cordada lee todo el material que traje sobre el Tórtolas y antes de dormir conversamos acerca de un relato de una expedición que hizo cumbre por Argentina y que dio por accidente con dos enormes pircas Incas a casi 5900 metros, que no presentaban rastros de haber sido holladas o escarbadas desde que fueron abandonadas por los incas. Especulamos con la posibilidad de hacer cumbre y luego darnos a la tarea de buscarlas, despertando el interés que mi cordada ya había manifestado en la arqueología de montaña, en una salida de aclimatación al dar con una gran pirca en una quebrada al este del cerro Pintor. Al despertar cerca de las 16:30 hrs, ambas cordadas comenzamos los preparativos para el día siguiente, ahora contra el tiempo ya que el día del montañista es siempre corto, termina muy temprano encerrado en la carpa antes de que se acabe la luz día y el frío avance copando todos los sectores. Esta es una de las cosas más difíciles de entender por parte de quienes no se dedican a esta actividad, y que implican cierto masoquismo, ya que a diferencia de un camping en la playa o el campo, en que el campamento se “enciende” en la tarde, a la vera de una parrilla, unas cervezas o un buen vino, goce que se prolonga hasta tarde, aquí el día acaba más temprano de lo que quisiéramos, y se transforma en un lidiar permanente contra el frío, tratando además de auto convencerse contra natura, de que es tarde y es hora de dormir, metidos dentro del saco. Rápidamente entonces nos dedicamos a la selección de comidas, raciones de marcha, y agua. Al revisar y contar la cantidad de botellas traídas desde Santiago, dada la contaminación siempre alertada de los caudales y cauces de la zona, nos dimos cuenta de que íbamos a un ritmo muy alto en el consumo del vital elemento, el que no nos alcanzaría para el consumo y destinación a cocinar, considerando que nos quedaban al menos dos días, o incluso tres en la zona en caso de tener que utilizar el día de reserva (domingo 10) para el ataque a la cumbre. Definitivamente las matemáticas no son amigas del montañista. Como no fue posible avistar el refugio, desconocíamos la eventual presencia de manchones de nieve que permitiesen derretir, por lo que nos dimos a la tarea, ya pasadas las 18:00 hrs, de derretir nieve hasta entrada la noche, obteniendo algunos litros de agua.



Al igual que el día anterior, disfrutamos del espectáculo del ocaso sobre nuestro ya familiar Cerro Las Tórtolas y las cumbres aledañas, y luego se abrió el telón en el cielo y comenzó nuevamente la proyección de estrellas, constelaciones y galaxias. Reconozco que pese a ser un astrónomo aficionado por mi vinculación a un par de proyectos de turismo astronómico, me costó mucho poder identificar algunas

constelaciones. Acostumbrado a ver sólo algunas estrellas y constelaciones en otros cielos no tan transparentes, perdí puntos de referencia en el cielo y debí de haber sido un fiasco para mi cordada. Con suerte logré dar con las populares "Tres Marías" o llamadas también "Cinturón de Orión", que por años enseñé a mis hijos como la constelación "carrito de supermercado", en que las Tres Marías son las ruedas del carrito. Concluidas las labores de derretir nieve, a dormir nuevamente, pero ahora con más frío por la exposición a la brisa nocturna en nuestras labores de última hora. Nuevamente y cercana la hora de la madrugada de la noche anterior, un ruido a la distancia indicaba otra vez tránsito de algún vehículo perturbando mi sueño por un rato. Allí andan de nuevo, parecen ser otra vez los chuculleros, los ladrones de mineral de que nos habló el Sargento Adaos. Mentalmente les digo: quédense por allá lejos, no se acerquen, no se metan con nosotros, no los hemos visto, no sabemos quiénes son y en qué andan, mientras ustedes extraen la riqueza de la montaña, nosotros admiramos la belleza de ésta. Pienso que si vienen les haremos saber que el piolet es el arma secreta del montañista, aunque me desespero, pienso dónde está éste, porque no lo dejé al lado de la carpa, todo ello mientras mi cordada duerme plácidamente. Trato de pensar en otra cosa, quiero escuchar música, pero el frío es implacable y las baterías se han ido, cero carga. Debí guardarlo dentro del saco al igual que las pilas, para generarles calor y protegerlos de la congelación y descarga.

A las 7:00 AM del viernes 8 de junio nos despertamos para alistar nuestro avance hacia el Refugio Gabriela Mistral. Dejaremos las carpas armadas, bien cerradas y nada a la vista, para evitar que nuestro ya entrañable amigo el zorro haga de las suyas. Cristian y Juan Carlos están listos, nos esperan, y cerca de las 8 AM comenzamos nuestra caminata remontando el sendero que parte en la quebrada contigua a nuestro campamento. Las condiciones de clima son óptimas, incluso calor en la primera etapa. Leticia se queda atrás, parece sofocada, se saca capas, la voy esperando, me hace señas de que avance, que viene bien. En un sector conocido como Piedra de Los Lamentos nos detenemos a descansar, Cristian y Juan Carlos unos 100 metros más arriba y yo esperando a mi cordada más abajo. Es posible ya distinguir la ruta hacia el portezuelo que separa el Cerro Las Tórtolas del Tortolillas. Mientras espero a mi cordada recuerdo que ya me han comentado de su estilo, que parte lento pero que una vez calentados los motores, no la para nadie y llega primera. Así es, en la segunda detención, sobre 4800 metros, toma la delantera para enfrentar un gran acarreo cuyos zig zags se aprecian nítidamente. Trepa por ellos, trato de seguir su ritmo pero la altura obliga a dosificar la energía y me detengo cada cierta cantidad de pasos, no más de 20 o 30. No vamos con la mochila a full peso, pero tampoco light, llevamos saco de dormir, parka de plumas, crampones, capas de ropa, cocinillas y combustible, comida y 3 litros en la mochila por cabeza más el agua para esta jornada. Los zig zags nos conducen al que parece filo, aunque una vez alcanzado este continuamos por un sendero en dirección norte unos 10 minutos, y de pronto, tras más de 7 horas y de improviso, aparece a nuestra derecha el Refugio Gabriela Mistral, al borde de la lagunita.



Nos abrazamos y felicitamos por ese primer día de real esfuerzo, no hay un alma en el refugio, hace frío debido a vientos que atraviesan de lado a lado la zona, nos instalamos, bebemos y comemos algo, algunos dentro de los sacos, luego de habernos asignado la ubicación. Como turista recién llegado a un nuevo destino turístico, no resisto quedarme en nuestro refugio-congelador y para calentar el cuerpo y practicar la fotografía decido “adentrarme” en territorio argentino de la Provincia de San Juan, casi un kilómetro por un plateau y apreciar a la distancia caminos y senderos, como asimismo cordones montañosos hacia el Este con una sinfonía de tonalidades. Mi cordada tampoco resiste y empujada por la misma ansiedad y energía, sale a recorrer y remontar el sendero hacia la cumbre del Tórtolas, llegando cerca de la base del acarreo. Al llegar al Refugio nos comenta que al día siguiente nos espera un tremendo trabajo y esfuerzo, no hay senderos visibles en el afamado Acarreo de la Muerte, salvo un traveso al inicio que lo cubre en casi toda su extensión a unos 5.500 metros. Si bien disfrutamos de un lapso mayor de tiempo de sol, el frío comienza a ser intenso, y a las 19:00 ya todo comienza a congelarse. El refugio es un verdadero freezer, pero nos protege.

Esa noche todos salvo uno de nosotros, dormimos mal, me despierto en la madrugada con la funda vivac empapada sobre mi cara, siento el agua fría y la condensación congelada sobre mi saco, el cual está húmedo. Mala idea usar este equipo, me lo quito de encima con un par de improperios. Pido algo para el dolor de cabeza provocado por la vigilia, no es puna. Trato de concentrarme en dormir pero me traiciona la ansiedad por saber cómo terminará el día que está por comenzar. Me veo en la cumbre, agotado pero feliz, comentándole a todo el mundo en Santiago mi logro, luego me veo sin lograr el objetivo, pensando cómo explicaré las razones por las que no hice cumbre; de nuevo medio dormido me observo parado en la cumbre como sobrevolándome, tal como me veía una vez que tendido sobre mí cama, en opinión de un “especialista”, me desdoblé y me veía acostado mientras yo subía y subía.... Sólo perturbaban mis

divagaciones uno que otro improprio o exclamación de Juan Carlos, quien no podría conciliar el sueño y reaccionaba a algunos ronquidos aledaños.

DIA DE CUMBRE

A las 4 AM suena el despertador de un celular y me incorporo de inmediato, alguien pide un rato para dormir y que luego nos levantemos en mejores condiciones, me niego. Otro pide sólo 5 minutos, no sabe para qué, pero se conceden. Estoy listo rápidamente luego de tomar un par de tazones de té y un cereal bar, nada más ya que siento un poco de nauseas. Luego de preparado todo el equipo, las raciones y el agua, trato de apurar la salida, me paro fuera del refugio actuando por presencia y tratando de apurar las cosas, me comienza a dar mucho frío en los pies, doy saltitos, necesito ponerme en marcha. Estamos todos OK, y antes de comenzar decidimos que por el reconocimiento de la ruta efectuado el día previo, Leticia debe guiar al grupo. Salimos a oscuras usando las frontales pero el alba se aprecia a lo lejos y pronto el amanecer nos dará algo de claridad. Hay mucho frío, pero el día se avizora prometedor con un buen clima, está despejado y no se oye soplar al viento.

A unos 300 metros de partir, recuerdo que he dejado el lápiz para escribir en el libro de cumbre (me tenía fé, para eso había trabajado), decido regresar por él al refugio y pido al grupo seguir sin esperarme para posteriormente avanzar cerrando o alcanzarlos si era posible. Sorprendentemente los alcanzo rápidamente a unos 20 minutos de haberlos dejado, lo que me sorprende ya que tengo buena condición física pero no es razonable lo que sucede y me inquieta, aunque no lo manifiesto. Los encuentro a los tres protegidos tras una roca, se ven cansados, con frío, es demasiado pronto para una primera parada y sugiero seguir abriendo yo. A partir de ese momento trato de “tirar” al grupo, buscando un ritmo intermedio y adecuado pero se siguen quedando, los espero y los espero. Hago una primera parada, por 10 minutos hasta que los diviso, avanzo nuevamente y hago una segunda parada antes de comenzar el Acarreo de la Muerte, y los espero por cerca de 20 minutos, dejo mi mochila, me voy a sacar unas fotos e incluso los salgo a encontrar. Vamos muy lento, así ni el ritmo ni la hora tope se cumplirán, chao cumbre. Estamos a 5.500 metros y llevamos más tiempo de lo estimado, vamos lento. Propongo un descanso, hidratarse, comer algo y reiniciar la marcha en 20 minutos. Así lo hacemos sigo adelante para comenzar a dibujar el primer gran zigzag del infernal acarreo, nuevamente me alejo, esta vez me sigue Leticia más de cerca, Juan Carlos y Cristian vienen atrás.



Cuando me dispongo a iniciar un nuevo zigzag, viendo por donde pudiese haber una huella, me hacen señales a la distancia y por radio Juan Carlos me informa que Cristian se siente mal, y ha decidido regresar, no sólo al Refugio sino que al Campamento Base, lo que me sorprende, abortando el intento, no razona al parecer del todo bien, sólo quiere volver a la carpa, no al refugio ni menos esperarnos, obligando a Juan Carlos a abortar su segundo intento al Tórtolas para bajar con su cordada, como lo habían planeado. Están a 5.600, metros, Leticia llega a mi posición, Juan Carlos me pide por radio le pase la llave del jeep por la insistencia de Cristian, y coordinamos una ubicación para que venga a buscarlas. Leticia se ve recuperada, lo que me da gusto, al parecer ya ha calentado motores, se acerca Juan Carlos, saco una pequeña bolsa, le agrego tres piedras, la llave y se la lanzo llegando a buen puerto varios metros más abajo. No dejo de pensar en la situación producida, todo lo que se había preparado Cristian, el entusiasmo en los meses previos y durante la misma expedición. Sé que llegando al campamento, esa cordada revisó la situación producida, conversaron, repasaron y discutieron lo ocurrido, la decisión adoptada, etc., todo lo que quedará entre ellos. En tanto, mi cordada toma la punta, me dice que luego de dar cuenta de un power gel se irá corriendo para arriba, me hace reír y me da ánimo. Ahora yo me siento algo cansado por haber venido tratando de mejorar el ritmo del grupo. Se lanza con el propósito de vencer a este feroz acarreo, la sigo de cerca, una y otra vez nos comunicamos y hacemos gestos por donde seguir, por donde no, hacia donde avanzar, parando cada 20 o más pasos, ganamos y ganamos altura, el viento helado sopla y sopla cada vez más fuerte, con rachas heladas y sonoras, la vista es impresionante hacia el Norte y Este, nos alzamos sobre cumbres que hasta antes veíamos desde abajo. En una parada de hidratación veo que el jugo Go de mi Nalgene está en gran parte congelado y más parece un helado de agua. Mi otra botella, una plástica de 1,5 lt, envuelta en una primera capa de polar y guardada dentro de la mochila aún es líquida aunque con cristales de hielo, demasiado helada para beber un buen trago, lo que me obliga a beber a sorbos y calentarlos en la boca. Estoy pagando las culpas por la tontera de no verificar el termo en Santiago. El viento arrecia indicando que estamos a punto de llegar al portezuelo desde el cual se accede a la antecima y luego a la cumbre. Me baja un pesimismo notable, vengo mal hidratado no he comido nada ya que la última vez que me saqué los mitones se me helaron las manos, y por ende apuesto a un pequeño refugio petreo en el portezuelo. Nos damos ánimo mutuamente, nos alentamos a ganarte a este acarreo de mierd..., hasta que tras casi 3 horas de intenso y agotador trabajo, accedemos al portezuelo y literalmente nos desplomamos buscando refugio, pero todas las rocas son más bien bajas, lo que nos obliga a tendernos en el suelo uno al lado del otro. Tengo frío, aunque el honor masculino me hace parecer fuerte, ridículamente me niego a un té caliente ofrecido por Leticia, que trae su termo, pero que luego acepto, como asimismo una barra energética, con la que me recupero. A

mi derecha entre las rocas diviso maderos claramente del tipo de aquellos subidos por los Incas y mientras el viento no nos da tregua, pienso en los Incas pioneros del montañismo. Me veo a mi mismo echado sobre el suelo de costado, con primera capa, polar grueso, tercera capa, pantalón y cubre pantalón, gorro polartec y cuello de lana merino, calcetas térmicas y zapatos plásticos, pienso cómo lo lograban ellos, que vestían, etc. Me da vergüenza verme. Luego le comento a mi cordada que si las condiciones de viento persisten lo más probable es que debamos desistir, ya que en la antecumbre que divisamos y en la cumbre no nos podremos sostener en pie. Pensamientos negativos rondan mi mente, saco mi GPS y marca 5.960 metros, y siento que no nos falta nada, apenas unos 200 metros, nos incorporamos y decidimos ir al ataque, hasta donde se pueda, tomando mi cordada la delantera, nuevamente. Subimos otros 100 metros con dificultad haciendo zigzag hacia la antecumbre, ya divisamos nítidamente hacia el lado argentino, una laguna congelada de agua Calipso se ve bajo nosotros, ascendemos más y más, y de pronto, como por arte de magia, ese silbido tenaz y ensordecedor que subía por los filos y que era seguido por un fuerte viento, se transforma en silencio. Me quedo asombrado, le comento a Leticia lo extraño de lo ocurrido, lo que atribuyo a alguna condición meteorológica que varió de improviso, tal vez nos encontramos en una zona más protegida, etc. Pienso en un libro de montañismo que leí hace mucho tiempo que decía que en las montañas reinan los dioses (*ethiam hic dei sunt*), y que parece que esta mañana contamos con su gracia, nos pusieron una dura prueba hasta llegar al portezuelo y nos azotaron con fuertes vientos, pero parece que ahora nos permitirían acceder a la cumbre, dejando de soplar el viento a pocos metros de ella. Podemos trepar entre las rocas de la antecumbre con soltura, sin viento, divisamos la cumbre con el monolito levantado en honor a Gabriela Mistral nuestra premio Nobel, oriunda de estas regiones. Me detengo a tomar fotos.



El reloj marca las 13:07 del sábado 9 de octubre de 2010 y hemos cumplido la meta tras casi 7 horas y media de marcha. Vemos y palpamos lo que hasta ahora habíamos visto en fotos, el monolito, los maderos encontrados como vestigios de los incas, la caja del Banco de Chile, revisamos el libro de cumbres y nos congratulamos de ser los primeros desde el 1 de febrero de 2010, que corresponde a la última anotación de una expedición del DAV de Alemania. Dejamos nuestro testimonio y agradecimientos, y sin viento alguno, en una calma que incluso nos inquietaba, nos sacamos una y otra foto, con una y otra locación, miramos en derredor el majestuoso espectáculo de cumbres al Norte y Sur, y los cordones montañosos que van al Este por Argentina y Oeste por Chile, destacando el cordón Doña Ana y el cerro del mismo nombre.



Nos sentimos y estamos sobre la pirámide que comenzamos a ver 3000 metros más abajo cuando aproximábamos en el jeep. Hacemos contacto por radio con los otros integrantes del grupo que nos felicitan, y descansamos, nos hidratamos y comemos algo, mientras nos sentimos como niños subiendo y bajando una y otras vez un escalón que nos separa de la cumbre, miramos hacia abajo, al vacío, recordamos toda la preparación, el primer día que hablamos del proyecto etc. Se nos pasa el tiempo sin darnos cuenta y de pronto, nos percatamos de que llevamos casi una hora en la cumbre, algo que en lo personal nunca me había ocurrido y pienso que no debemos abusar de la hospitalidad de los Dioses y de los Incas que moran por aquí. Leticia se ríe y se siente amparada y protegida, me confiesa que al estar “echados” buscando amparo a ras del suelo entre las rocas allá abajo en el portezuelo, pidió a Dios que cesara el viento y me aseguraba que éste la escuchó, por ende tenía una misa que pagar. Yaaa!!! le digo, con suspicacia. Hago contacto por radio con Juan Carlos, nos reportamos y le aviso que comenzamos el descenso. No hay que abusar de la paciencia de la montaña, algunas nubes se ven pasar pero son por ahora inofensivas. Rápidamente descendemos al portezuelo, y luego decidimos atacar el acarreo ahora en bajada y cobrar venganza por el sufrimiento que nos infirió en la mañana. Bajamos en línea recta con gran pendiente y le ocasionamos una llaga de varios cientos de metros de extensión, taconeando con fuerza y decisión, cortamos camino, nos desviamos de senderos, y en 1 hora y treinta minutos llegamos al refugio. Es decir, bajamos literalmente corriendo, el clima es bueno pero comienza a sentirse nuevamente el viento y el frío arrecia. Tras otra hora en el refugio, preparamos comida, armamos nuestras mochilas, comentamos una y otra vez nuestras experiencias al lograr la cumbre, nuestros proyectos futuros, que pondría cada uno en su muro del facebook, etc. Le enseño a mi cordada la huella extensa que dejamos al bajar en línea recta del acarreo. Leticia decide limpiar el refugio y escoba en mano da cuenta de restos de polvo, barro, papeles, etc., lo cerramos y abandonamos, llevándonos nuestra basura, despidiéndonos de él, de la laguna, de tal piedra, etc. Rehacemos todo el sendero, paramos un par de veces, repasamos una y otras vez nuestra experiencia, venimos eufóricos, planeamos nuestro regreso a Santiago al día siguiente, a qué hora saldríamos, donde comeríamos, nos bañaríamos en las termas de las hediondas, un cafecito en Vicuña a media mañana, almorzaríamos en la Recoba, en La Serena, y para la tarde cada uno en su casa en Santiago.

REGRESO AL CAMPAMENTO, INCERTIDUMBRE Y SOLIDARIDAD MONTAÑERA

Alrededor de las 19:00 horas, Juan Carlos nos recibe con un abrazo en el campamento base, Cristian sigue en carpa no se siente bien, comentamos nuestra experiencia una y otra vez. El Sol ya se ha puesto comienza a anochecer. Cristian sigue en la carpa, recuperándose, no llegó en

buenas condiciones, no queremos perturbarlo. Juan Carlos me pregunta acerca de los planes para el regreso y le digo que salimos mañana a las 09:00 AM, y llegamos a Santiago a las 18:00 horas más o menos, baños termales, cafés, empanadas y almuerzo de por medio. Reímos y nos felicitamos nuevamente. Hemos dejado nuestras mochilas en el piso, ni siquiera hemos abierto nuestra carpa y pregunto por la llave del jeep. Un mal presentimiento me rodea, me asiste la imperiosa necesidad de hacerlo partir, me siento con botines plásticos y todo, y las luces interiores débiles me dan un mal presagio, presiento lo peor hago contacto y..... ..tacatacatat... tacatacatat tacatacatat.... Mierd.....estamos sin batería, jeep automático, peso muerto a 4.000 metros de altitud. Hago contacto una y otra vez como queriendo negarme a la evidencia y... contacto y ..tacatacatat... tacatacatat tacatacatat, mis compañeros no atinan a decir palabra alguna, sólo silencio. Debemos pensar en un plan B, tan de moda, para salir. Recordamos la información del Sargento Adaos acerca de otro grupo que venía a intentar el Tórtolas en el que venía Nelson Sepúlveda, compañero de cumbre en el Volcán San José, y que arribaban el 8 o 9 de octubre. Le pregunto a Juan Carlos si vio a alguien, y me comenta que caminando en la tarde divisó más abajo a dos personas a mucha distancia. Presumimos que es ese grupo y que están acampando en el Portón donde ahora pienso que debimos de habernos quedado. Ya ha caído la noche, le pido a Juan Carlos que me acompañe, se muestra generoso, comprensivo y apoyador, avanzamos rápidamente a oscuras y con frontales, hasta alcanzar 1,2 kilómetros más abajo el sector de el Portón donde divisamos al menos 4 carpas y presumimos por ende que hay 2 o 3 vehículos. Son las 20:30 horas, está completamente oscuro y no hay luces en el campamento, divisamos un solo jeep, nos anunciamos y un rostro conocido sale de una carpa, Mauricio Vargas, el conocido forero Huachimingo de Tricúspide. Le comentamos acerca de nuestra situación, nos comenta que su auto quedó varios kilómetros más abajo, que se apunó, no tiene herramientas ni cables para hacer puente. Nos indica hablar con Iván, el dueño del jeep, que resultó ser otro conocido forero de Tricúspide: Veretano51. Malas noticias, no tiene cables, herramientas, salen mañana al Refugio, es de noche ya sea para bajar o buscar una solución, comprendemos la situación, no nos conocemos bien, es difícil pensar que te presten así como así un jeep, para bajar a esa hora, etc. Pese a lo complicado de la situación y la incertidumbre que me genera, debo mantener la calma, ahora es cuando se prueba el temple, la prudencia, el buen criterio y la fortaleza psicológica, me muestro tranquilo, les digo que mañana tendremos una solución. Ahora la noche es más oscura que las anteriores, se siente más frío, comienza a soplar un viento helado y caminamos de regreso mientras vamos analizando los escenarios y desenlaces posibles, pero una acción concreta se impone. Mañana a las 7 AM saldremos caminando con dirección al destacamento Juntas del Toro a buscar ayuda, no queremos hacer caso ni creer a los otros montañistas de que era difícil que los Carabineros subieran a ayudarnos, etc. Camino a paso raudo, Juan Carlos me sigue y me sigo imaginando lo peor, divisamos a la distancia una luz, es Leticia que anda lidiando con un viejo conocido nuestroel zorro, que astuto y esperando por días su oportunidad, se dio cuenta que estábamos concentrados en otra cosa y amparado en la oscuridad de la noche, comenzó a raer mi colchoneta, siendo sorprendido en primera instancia, volviendo luego y llevándose una bolsa de basura del Refugio y cumbre que colgaba de mi mochila. Leticia busca la bolsa secuestrada mientras se le salen algunos epítetos ibéricos contra el zorro, que en un nuevo ataque y en un acto al parecer de venganza pura, deja un fétido rastro de orina en una mochila que por honor y decoro no diré de quien era. No sabemos a estas alturas si reír o llorar, estamos en medio lío y el zorro se comienza a dar un festín con nuestra situación, mientras revisamos a oscuras el manual del jeep, levantamos el capot, revisamos los fusibles, etc., no queriendo asumir la falla de la batería. Estamos en eso cuando veo con mi frontal la silueta del zorro de nuevo cerca de la carpa y ésta vez se me acaba la paciencia y las emprendo contra el

zorro a garabatos y piedrazos que ridículamente van a dar lejos del objetivo, pidiendo perdón no obstante a la madre naturaleza y a la CONAF, pero una patudez de esta magnitud no se la aguanto a nadie, humano o animal, menos una desubicación a estas alturas. Pero algo más importante ocurre, y lo percibo en el ambiente: el grupo está cohesionado, todo alineados en buscar una solución, pese a la incertidumbre, manteniendo la calma. Se confía en el resultado de nuestras gestiones a emprender el día siguiente, caminata de por medio, me siento gratificado por haber elegido a este grupo, prudente, razonable, estable emocionalmente y decidido. Nadie se desespera, nadie se queja, ya nos arreglaremos. Es en esta clase de situaciones en que aprecia si él o ella que son montanistas, además de buena preparación física y aclimatación, gozan de buena condición psicológica para razonar y actuar en un escenario inminente de crisis e incertidumbre. Mi cordada da muestras no sólo de esa condición, sino que de una intuición, que es un verdadero don. Me reconozco fuerte y sólido por fuera, pero estoy algo abatido por dentro, los remordimientos me atacan y cierto sentimiento de culpa me abrumba por haber puesto yo en riesgo a este grupo. Me digo: por qué no revisaste la batería antes wn, por qué no echaste a andar el motor la mañana antes de salir al refugio, por qué no trajiste una batería de repuesto wn, por qué sacaste la caja de herramientas la última mantención y no la repusiste, por qué por qué, por qué. Tengo sentimientos encontrados ya que el logro de la cumbre me mantiene con energía y exaltado y no quiero echar a perder esa sensación, ni tampoco me dejaré abatir. Debo dar con una solución a este grupo que confió en mí, y que ahora por culpa mía, de mi jeep y de mi batería, y de puras omisiones tontas, está en riesgo de quedar a la deriva. Me meto sin darme cuenta con toda la ropa puesta a la carpa y luego al saco, no tengo hambre, nótese que no he comido bien desde la noche anterior, salvo algo de pasta de regreso de la cumbre, pero la situación me ha quitado el apetito, y entre ires y venires, son ya las 22:30 hrs. Ahora me doy cuenta de que debo sacarme la ropa. Mi cordada me manifestaría al día siguiente que pese al hambre que tiene, y ante mi decisión de dormir sin comer nada, para no interferir ni causar algún problema, decidió igualmente dormir. Ahora además un fuerte viento nos ataca pero viene de otra dirección, es más violento y gélido, zamarrea la carpa y bate los faldones una y otra vez, Leticia saca sus tapones y duerme, yo me despierto una y otra vez con el ruido del viento y sus azotes, durante horas elaboro planes B, C, D, E, etc, etc, a ejecutarse en etapas sucesivas en Juntas del Toro, Vicuña, La Serena, incluso dejar el jeep y venir el fin de semana desde Santiago por él. Ahora ya no me molestaría sentir a esos vehículos que transitaban de noche, incluso los ladrones de mineral eran un plan X, pero esta noche o no andan o el cambio de dirección del viento impide sentirlos. Pienso en cómo comentaré esto a la familia, los compromisos que no podré cumplir martes miércoles o jueves, etc. Unos 28 kilómetros nos separan del Destacamento, recorro mentalmente la ruta para no equivocarnos, y a ratos me río de lo que le dije a Leticia antes de dormir....."ahora si que necesito que Dios nos ayude, tiene que jugársela, rézale algo". Siento que el viento trata de levantar la carpa, colándose bajo los faldones, atacando una y otras vez. Me duermo, despierto poco antes de las 6 AM, me incorporo, pienso y arreglo qué llevaremos en una mochila, etc. Salgo de la carpa, al igual que Juan Carlos, se levantan Leticia y Cristian permanece dentro de la carpa, les comentó los distintos planes, la posibilidad de que no regresemos esa noche pero que no se preocupen, estamos preparando el agua que llevaremos cuando a las 7 Am y encontrándonos listos para comenzar a caminar aparece un jeep, el de Ivan, Veterano51, acompañado de Huachimingo, a quienes recibimos con alegría. Nos comentan que quedaron pensativos toda la noche evaluando posibles ayudas, que habrían intentado o habrían hecho ellos si los hubiese afectado una situación similar, y decidieron a riesgo de retrasar su avance al refugio, ir en ayuda de nuestro grupo. Se ideó la solución de cambiar baterías, pero al levantar el capot de ambos jeep, ni el amperaje ni el tamaño de las baterías ni siquiera el diámetro de los bornes coincidía. Pero

hay que intentarlo, es eso o bajar caminando por ahora. Un alicate prodigioso fue la herramienta usada, había que quemarse el cartucho y aunque fueran baterías diferentes sólo nos bastaba con que hiciese arrancar el motor, una chispita nomás. Tras unos 40 minutos de faena, y sólo presionando los bornes con fuerza con la mano, luego de varios intentos se logra una chispa milagrosa que tras un tenue sonido y luego un rugir más decidido, hace funcionar el motor de arranque y entre el rugir del viento, se alza el sonido del motor. La solidaridad definitivamente existe y en este caso se manifestó entre montañistas. Ha amanecido y divisamos nubes sobre las cumbres, el viento es fuerte y viene del Este, definitivamente el tiempo cambió poniendo el riesgo seguramente el éxito de esta nueva expedición que está partiendo. Con el jeep en marcha, desarmamos rápidamente campamento, el viento levantó y rompió parte de mi carpa, nos subimos al jeep, nos bajamos en el Portón justo cuando el grupo inicia su ascenso hacia el refugio, nos despedimos y deseamos suerte. Bajamos de una hasta el Destacamento, nada de termas, recuperamos las cédulas, dimos las gracias, nos preguntaron sobre ruidos de vehículos en la madrugada, y nos despedimos. Hacemos una parada en Vicuña, hay mucho ambiente, pleno Sol, disfrutamos de unos jugos de papaya en la plaza. Reiniciamos la marcha, se nubla, incluso llovizna en el camino, pasamos por La Serena, un alto para unas empanadas en el camino, y a las 6 de la tarde, lo que nos sabíamos cuando volveríamos a casas, nos encontramos en Santiago para un bien merecido descanso.

En fin, una gran experiencia, por la que debo agradecer no sólo a mis compañeros de expedición, a nuestras familias, por su comprensión, cariño y sobretodo paciencia, a nuestro Club DAV y su Directorio, a nuestro amigo el Sargento Adaos de Juntas del Toro, a nuestros amigos y amigas montañistas que nos acompañaron en la fase de preparación de esta expedición, a Alvaro que debió bajarse de desafío, a Veterano51 y Huachimingo por su ayuda y solidaridad y por aparecer cuando lo necesitábamos, y finalmente agradecer a un quinto integrante de la expedición que definitivamente nos estuvo acompañando, Dios, y que apareció en dos momentos claves, y a quien se le deben un par de misas. Ya he logrado un ansiado objetivo, ahora a descansar un poco.....pero no por mucho tiempo.

STGO., Octubre de 2010